

*El Instituto de Ciencia Mary Baker Eddy
presenta*

***LO MAYOR
DEL MUNDO***
(Traducción Libre)

INTRODUCCIÓN

Henry Drummond nació en Stirling, Inglaterra el 17 de agosto de 1851, y partió en Tunbridge Wells, Inglaterra el 11 marzo de 1897. Por consiguiente, su vida, en la madurez de sus facultades, la vivió básicamente dentro de un período importante – el último cuarto del siglo XIX – cuando el impacto total de la teoría de Darwin estaba sintiéndose rápidamente más allá de la angosta área científica de su primera autoridad, bajo los vientos de las filosofías abrumadoras de Spencer o de Huxley. A pesar de la noble, si acaso plácida ortodoxia de los grandes poetas victorianos, un fermento estaba en acción en la mente de la mayoría de las generaciones jóvenes, el cual en algunos caso se convirtió en una lucha entre la lealtad hacia la vieja teología o hacia la ciencia nueva, pues sentían eran incompatibles la una con la otra. Comprendiendo las correlaciones fundamentales y la unidad de la verdad que podría ser alcanzada a lo largo de los infinitos caminos de la Revelación, Henry Drummond, con un amor heredado por, y con interés liberal desarrollado hacia, la Ciencia Natural, luchó por convencer a los demás, de sus vislumbres de una visión más ancha, y de sus destellos producto de su visión penetrante que había animado su también solitario camino. Hasta qué grado satisfizo la necesidad de sus congéneres, pudiera estimarse del hecho de que las ventas en Inglaterra de una de sus obras más extensas – *La Ley Natural en el Mundo Espiritual* – alcanzó algo más de 130,000 ejemplares, en tanto que la conferencia que se publica aquí tuvo una circulación, durante su vida, de 350,000 en forma de folleto. Sus escritos provocaron críticas en muchos núcleos que no los discernían, pero es relevante que uno de sus más distinguidos críticos, muchos años después, hizo pública admisión de cómo había fallado del todo en la necesidad de, o en apreciar el valor de, dicha obra, es decir, en la relación del pensamiento científico con el religioso, hecho por Drummond. Tal necesidad se ha hecho más urgente con el paso de los años.

Bajo la influencia modeladora de una vida hogareña ideal, Henry Drummond, pasó de la Universidad de Edimburgo, a la que entró a los quince años, al New College, de Edimburgo, aunque sin una clara idea de cómo el ‘llamado’ al servicio religioso que lo había conducido hasta allá, podría ser respondido eventualmente a su caso particular. Aparentemente jamás había pensado en la actividad de ministerio, y el interés en sus estudios científicos nunca había disminuido. La propensión natural de su mente hacia el interés de la relación entre el pensamiento científico y el religioso, se veía en los temas que seleccionaba para sus clases o para los ensayos de la Sociedad de Debates durante sus años de estudio, por ejemplo: ‘Los Seis Días de Creación’; ‘¿Fue la inundación parcial?’; ‘La Doctrina de la Creación’.

Después, en el tercer invierno de sus estudios teológicos, fue arrastrado hacia la corriente de la gran Misión dirigida por los señores Moody y Sankey en Gran Bretaña, durante 1873 a 1875. Fue una experiencia en la que se encontró a sí mismo, y en la que los hombres comenzaron a darse cuenta de sus extraordinarias facultades de expresión y atracción. ‘No hay nadie en el mundo como Drummond para interesar a los jóvenes’, dijo el Sr. Moody; ‘pónganlo a platicar con una multitud de ellos, y simplemente los cautivará en cinco minutos’. La Misión finalizó, él regresó luego de dos años de ausencia a los bancos del salón de clases, y tranquilamente reasumió su lugar de estudiante como si nada hubiera sucedido. Pero mucho había sucedido, porque en tanto que en medio de la Misión pudo afirmar que ‘implícito en mis estudios científicos y en todo lo demás, ha estado esta firme convicción todos estos años – que la única vida que para mí podría tener sentido de vivir, sería una vida de trabajo evangélico,’ una experiencia más plena le había mostrado que ‘lo mayor es *vivir*, más que *trabajar*,’ y que su interés inmediato estaba ahora en la quietud y confianza para prepararse a sí mismo espiritualmente para aquello, que no dudaba, se aclararía como el propósito de vida de Dios para él.

Muy pronto se aclaró el camino ante él. En el otoño de 1877 hizo solicitud para la vacante de conferencista sobre Ciencia Natural en la Universidad Free Church, en Glasgow, y su elección para el puesto fue apoyada gracias a una recomendación testimonial de Sir Archibald Geikie, a quien acompañaría años después a una expedición geológica a las Montañas Rocallosas. Aún así, con este trabajo demandante, jamás renunció a la gracia de evangelizar que tenía. ‘Deseo una misión tranquila en algún lado,’ escribió, ‘entrar de inmediato y ser autónomo.’ Fueron sus oyentes artesanos en Possilpark, Glasgow, quienes primero escucharon sus conferencias que más tarde se colectaron y publicaron como *La Ley Natural en el Mundo Espiritual*. Cuando, como resultado de su trabajo, la misión de Possilpark se convirtió en un cargo completo, Henry Drummond se retiró, y un ministro ordenado fue puesto en su lugar. A su regreso de África en la primavera de 1884, su puesto de conferenciante al que se había estado anotando año con año, fue elevado al nivel de cátedra, gracias a la visión y generosidad del Sr. James Stevenson de Hailie, y fue elegido por unanimidad para el cargo por la Asamblea General de su iglesia. Su conferencia inaugural sobre *La Contribución de la Ciencia al Cristianismo*, cuando más tarde fue publicada, fortaleció ampliamente su reputación.

El año 1885 es aún recordado por una generación anterior, como el inicio de una larga y feliz asociación de Henry Drummond con la vida estudiantil de la Universidad de Edimburgo. En el otoño de 1844 el mundo

estudiantil de Inglaterra estuvo impactado por las noticias de que Stanley Smith y C. T. Studd, dos atletas brillantes de Cambridge, habían decidido, junto con otros cinco de sus amigos y colegas, dedicarse a sí mismos al trabajo misionero en China. Antes de su partida, los dos líderes realizaron una serie de visitas de despedida a varias universidades, y causaron tal profunda impresión en Edimburgo, que los invitaron a regresar cuando pudieran, lo cual hicieron a los dos meses. Los resultados fueron tan conmovedores, que los líderes locales sintieron que la obra debería continuarse. Ahora bien, aconteció que en medio de las dos visitas de los voluntarios de Cambridge, el profesor Drummond había dado su conferencia anual a la Asociación Médica Cristiana de la Universidad de Edimburgo, para la cual eligió el tema: ‘*La Contribución de la Ciencia al Cristianismo.*’ Después del evento, cuando más de cuatrocientos hombres fueron capturados por su presentación de la vieja verdad bajo una nueva luz, no quedó la menor duda de a quién se invitaría para hacerse cargo de la mencionada obra. Afortunadamente aceptó la invitación y por diez años, hasta que fue vencido por la enfermedad que probó ser fatal, mantuvo reuniones de estudiantes de la Universidad de Edimburgo en el Teatro Oddfellows, quienes asistían de cuatro a seis domingos cada primavera. De aquellos muchos que lo ayudaron más, poco llegará a saberse. Los primeros años fueron memorables, porque pequeños grupos de hombres guiados por un profesor o conferenciante, visitaron las otras universidades escocesas, en donde cuando se reunían, reconocían a través del equipo de enseñanza local, que se habían organizado en Asociaciones Cristianas, y que la vida religiosa de las universidades se había avivado. La Misión Holiday resultante, cuidadosamente organizada bajo la supervisión inmediata de Drummond, llevaba a grupos de estudiantes a otras ciudades o provincias, y es de resaltar que estableció como norma para tales ocasiones, que los miembros estudiantes de las delegaciones, deberían hasta donde fuera posible, describir la obra de Edimburgo, comprometiéndose consigo mismos simplemente a testificar de aquella verdad que hubieran hecho suya por experiencia personal. En ese tiempo, la noticia sobre esta obra llegó más allá de Inglaterra. Como resultado, en dos ocasiones en los Estados Unidos, en Australia y en Europa, Henry Drummond asistió como invitado de una universidad a otra, de un colegio a otro, en ocasiones acompañado por alguna delegación de profesores o estudiantes de Edimburgo, proclamando la verdad como había llegado a verla. Aún viven aquellos que recuerdan la emoción con la que escucharon por primera vez el lineamiento de la conferencia sobre *Amor* en Northfield, USA, en el verano de 1887, a pesar de que había sido dada unos cuatro años antes en una misión en África Central.

De inmediato se hace manifiesto, tan sólo de la evidencia interna, que la conferencia titulada: *Lo Mayor del Mundo* es la obra de sus años de madurez. A unos cuantos hombres les es dado escribir con claridad y elegancia. De un período anterior, Henry Drummond había practicado el escribir, y en sus años postreros se volvió casi fastidioso sobre parafraseo y expresión. En particular insistía en la selección cuidadosa de los adjetivos, una parte de la alocución que consideraba como determinante del cuidado que los escritores ponían en su trabajo. Así que no es de sorprender que la Introducción original a *El Progreso del Hombre*, su mayor obra, fuera, una vez que hubo sido tipografiada, rescrita completamente y reducida en tamaño como resultado de una crítica amistosa; o que suprimiera una primera edición mayor de uno de sus folletos justo antes de su publicación, porque descubrió un párrafo equivocado en el último momento – ‘un grumo en la avena’, como él decía. Algunos recuerdan su ingenio: ‘Un artículo en el *siglo diecinueve* debiera escribirse al menos tres veces; la primera en su simplicidad, la segunda en su profundidad, y la tercera para que su profundidad pareciera simplicidad.’ Aún con mayor agudeza le escribió a un joven amigo en 1895: ‘Para beneficio de tu humildad, lee el artículo de Frederick Harrison en el último número de octubre de *El Siglo Diecinueve* sobre Ruskin como el maestro de la prosa inglesa. Después de leerlo te preguntarás, como yo lo hice, cómo es que a pesar de ello alguno de nosotros tenemos el descaro de imprimir una sola línea.’

J. Y. Simpson

I Cor. 13:1-13

La Biblia, Edición Reina Valera, Revisión 1960

¹ Si yo hablase lenguas humanas y angélicas, y no tengo amor, vengo a ser como metal que resuena, o címbalo que retiñe. ² Y si tuviese profecía, y entendiese todos los misterios y toda ciencia, y si tuviese toda la fe, de tal manera que trasladase los montes, y no tengo amor, nada soy. ³ Y si repartiese todos mis bienes para dar de comer a los pobres, y si entregase mi cuerpo para ser quemado, y no tengo amor, de nada me sirve.

⁴ El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece; ⁵ no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; ⁶ no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad. ⁷ Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.

⁸ El amor nunca deja de ser; pero las profecías se acabarán, y cesarán las lenguas, y la ciencia acabará. ⁹ Porque en parte conocemos, y en parte profetizamos; ¹⁰ mas cuando venga lo perfecto, entonces lo que es en parte se acabará. ¹¹ Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, juzgaba como niño; mas cuando ya fui hombre, dejé lo que era de niño. ¹² Ahora vemos por espejo, oscuramente; mas entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fui conocido. ¹³ Y ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estos tres; pero el mayor de ellos es el amor.

Lo Mayor del Mundo

Cada uno se ha preguntado a sí mismo, la gran interrogante tanto de la antigüedad como del mundo moderno: ‘¿Cuál es el *summum bonum* – el bien supremo? Tenemos la vida ante nosotros. Sólo una vez podremos vivirla. ¿Cuál es el objeto más noble del deseo, el supremo don encubierto?’

Hemos sido acostumbrados a que se nos diga que la mayor cosa en el mundo religioso es la *fe*. La mayor palabra ha sido la nota tónica de siglos de religión popular; y hemos sido sencillamente enseñados a verla como lo mayor del mundo. Bien, pues estamos equivocados. Si se nos ha dicho eso, podríamos errar el blanco. Los he llevado en el capítulo que les he leído, al Cristianismo en su origen; y ahí hemos visto: ‘*El mayor de ellos es el amor.*’ Esto no es una omisión. Pablo estaba hablando de fe tan sólo un momento antes. Dice: ‘Y si tuviese toda la fe, de tal manera que trasladase los montes, y no tengo amor, nada soy.’ Así que más que una omisión, él los contrasta deliberadamente. ‘Y ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor,’ y sin un momento de vacilación, viene el veredicto, ‘El mayor de ellos es el amor.’

Y esto no es prejuicio. Un hombre está capacitado para recomendar a otros su visión errónea. El amor no era lo fuerte en Pablo. Los estudiantes alertas pueden detectar una hermosa ternura creciendo y madurando por todo su carácter a medida que pasaban los años; pero la mano que escribió: ‘El mayor de ellos es el amor,’ cuando la encontramos al principio, estaba teñida de sangre.

Tampoco esta carta a los Corintios es significativa en particularizar el amor como el *summum bonum*. Las obras maestras del Cristianismo lo han acordado. Pedro dice: ‘Y ante todo, tened entre vosotros ferviente amor.’ (I Pe.4:8) ‘Y *ante todo.*’ Juan va más allá: ‘Dios es amor.’ (I Juan4:16) Y recordemos el énfasis profundo que Pablo pone dondequiera: ‘El cumplimiento de la ley es el amor.’ (Rom. 13:10) ¿Alguna vez han considerado lo que quiso decir? En aquellos días los hombres buscaban su pase a los cielos cumpliendo tanto los Diez Mandamientos como los otros ciento diez mandamientos que habían elaborado como consecuencia. Cristo dijo: Les mostraré un método más sencillo. Si hacen una sola cosa, harán esas ciento diez cosas sin ni siquiera pensar en ellas. Si aman, estarán cumpliendo inconscientemente toda la ley. Y podemos ver fácilmente cómo puede hacerse. Tomemos cualquiera de los mandamientos: ‘No tendrás dioses ajenos delante de Mí.’ (Ex.20:3) Si un hombre ama a Dios, no tendremos necesidad de decirle eso. El amor es el cumplimiento de la ley. ‘No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano.’ (Ex.20:7) ¿Acaso podría soñar tomar Su nombre en vano si Le ama? ‘Acuérdate del día de reposo para sacrificarlo.’ ¿No estaría muy feliz de tener uno dentro de los siete días de la semana para

dedicarlo más exclusivamente al objeto de su afecto? El amor cumpliría todas estos mandamientos relacionados con Dios. Y así, si ama al hombre, no pensaríamos en decirle que debe honrar a su padre y a su madre. No podría hacer otra cosa más. Resultaría ridículo decirle que no mate. Sólo lo estaríamos insultando si le sugiriéramos que no debiera robar - ¿cómo podría robarles a aquellos a quienes ama? Sería superfluo rogarle que no levantara falso testimonio contra su prójimo. Si lo ama, sería lo último que podría hacer contra él. Y jamás soñaríamos en impedirle codiciar lo que su prójimo posee. Él deseará más bien que otro lo posea antes que él mismo. En este sentido, 'El cumplimiento de la ley es el amor.' (Rom.13:10) Es la norma para cumplir todas las normas, el nuevo mandamiento para cumplir los antiguos mandamientos; es el mismísimo secreto del Cristo para la vida Cristiana.

Pablo había descubierto eso; y en esta noble apología nos ha dado el recuento más maravilloso y original existente del *summum bonum*. Vamos a dividirlo en tres partes. Al principio del pequeño capítulo expuesto, tenemos **1-Amor contrastado**; en medio tenemos **2-Amor analizado**; hacia el final tenemos **3-Amor sostenido** como el don supremo.

1- El Contraste

Pablo comienza contrastando el Amor con otras cosas en las que los hombres de aquellos tiempos pensaban mucho. No intento enfocarme en detalle sobre ellas. Su inferioridad es por demás obvia.

Lo contrasta con la *elocuencia*. Y ésta es un don apreciable, el poder de vibrar sobre las almas y voluntades de los hombres, elevándolas hacia propósitos excelsos y obras santas. Pablo dice: 'Si yo hablase lenguas humanas y angélicas, y no tengo amor, vengo a ser como metal que resuena, o címbalo que retiñe.' Y todos sabemos el por qué. Todos hemos sentido el descaro de las palabras dichas sin la menor emoción, el doblez, la irresponsable carencia de persuasión, la elocuencia tras la cual no hay Amor.

Lo contrasta con la profecía; lo contrasta con los misterios; lo contrasta con la fe; lo contrasta con la caridad. ¿Por qué el Amor es mayor que la fe? Porque el fin es mayor que el medio. ¿Y por qué es mayor que la caridad? Porque el todo es mayor que las partes. El Amor es mayor que la fe porque el fin es mayor que los medios. ¿Para qué sirve tener fe? Sirve para conectar el alma con Dios. ¿Y cuál es el propósito de conectar al hombre con Dios? El propósito es que llegue a ser *semejante* a Dios. Pero Dios es Amor. Por tanto, la fe, el medio, sirve para el Amor, el fin. El Amor, por consiguiente, es obviamente mayor que la fe. Es mayor que la caridad, de

nuevo, porque el todo es mayor que las partes. La caridad es tan sólo una pequeña cantidad de Amor, una de las infinitas avenidas del Amor, y pudiera haber, y hay, una gran cantidad de caridad sin Amor. Resulta algo muy simple el arrojar una moneda a un limosnero en la calle; de hecho es más fácil hacerlo, que no hacerlo. Y, aún así, el Amor está más frecuentemente en abstenerse de hacerlo. Compramos alivio de los sentimientos de simpatía que surgen del espectáculo de la miseria, a precio de un centavo. Es muy barato – demasiado barato para nosotros, y en ocasiones, demasiadopreciado para el limosnero. Si de veras lo amáramos, habríamos hecho más por él, o menos.

Luego Pablo contrasta el Amor con el sacrificio y el martirio. Y ruego al pequeño grupo de los aspirantes a misioneros – y tengo el honor de llamar a algunos de ustedes con este nombre por vez primera – que recuerden que aunque entregasen sus cuerpos para ser quemados, y no tienen Amor, de nada les sirve - ¡de nada! No pueden llevar nada mayor al mundo pagano, que la impresión y reflejo del Amor de Dios sobre su propio carácter. Este es el lenguaje universal. Les llevaría años aprender a hablar en chino, o en los dialectos de la India. Desde el momento en que arriben, ese lenguaje del Amor, comprendido por todos, estará vertiendo su inconsciente elocuencia. Es el hombre mismo quien es el misionario, no sus palabras. Su carácter es el mensaje. En el corazón de África, entre los Grandes Lagos, he estado entre hombres y mujeres negros que recuerdan al único hombre blanco que jamás hayan visto – David Livingstone; y cuando nos cruzamos con su camino en ese Continente Negro, los rostros de los hombres se iluminan cuando hablan del *gentil doctor* que los visitara hace años. No pudieron entenderlo; pero sintieron el Amor que latía en su corazón. Lleven hacia su nueva esfera de acción, la que también implica que entreguen su vida, ese sencillo encanto, y su labor tendrá que dar frutos. No podrán llevar nada mayor, no necesitan llevar algo menos. Lleven todos sus talentos; podrían ser reanimados por todo sacrificio; pero si entregan sus cuerpos para ser quemados, y no tienen Amor, de nada les servirá, ni a ustedes ni a la causa de Cristo, *de nada*.

2- El Análisis

Después de haber contrastado al Amor con estas cosas, Pablo, en tres pequeñísimos versículos, nos da un análisis interesante de lo que esta suprema cosa es. Les pido que la miren. Es una cosa compuesta, nos dice. Es como la luz. Tal como ven que un científico toma un haz de luz y lo pasa a través de un prisma de cristal, y tal como ven que sale por el otro lado del

prisma, disperso en sus colores componentes – rojo, azul, amarillo, violeta, naranja y todos los colores del arco iris – así Pablo pasa esta cosa, el Amor, a través del magnífico prisma de su inspirado intelecto, y sale por el otro lado, disperso en sus elementos. Y en estas cuantas palabras tenemos lo que alguien podría llamar el Espectro del Amor, el análisis del Amor. ¿Observan cuáles son sus elementos? ¿Se dan cuenta que tienen nombres comunes; que son virtudes sobre las que oímos cada día; que son algo que puede practicar todo hombre en cualquier lugar en la vida; y cómo es que está constituido el *summum bonum*, la cosa suprema con una multitud de pequeñas cosas y virtudes comunes? El *Espectro del Amor* tienen nueve ingredientes:

<i>Paciencia</i>	“El amor es sufrido”
<i>Gentileza</i>	“es benigno”
<i>Generosidad</i>	“el amor no tiene envidia”
<i>Humildad</i>	“el amor no es jactancioso, no se envanece”
<i>Cortesía</i>	“no hace nada indebido”
<i>Altruismo</i>	“no busca lo suyo”
<i>Buen Carácter</i>	“no se irrita”
<i>Inocencia</i>	“no guarda rencor”
<i>Sinceridad</i>	“no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad”

Paciencia; gentileza; generosidad; humildad; cortesía, altruismo; buen carácter; inocencia; sinceridad – esto constituye el don supremo, la estatura del hombre perfecto. Observarán que todo se relaciona con el hombre, con la vida, con lo hoy conocido y lo cercano al mañana, y no con la desconocida eternidad. Oímos mucho sobre amar a Dios; el Cristo habló mucho sobre amar al hombre. Hacemos una gran cantidad de paz en el cielo; el Cristo hizo mucha paz en la tierra. La religión no es algo extraño o añadido, sino la inspiración de la vida secular, pero es la inspiración de la vida secular, la respiración de un espíritu eterno por medio de este mundo temporal. Lo mayor, en una sola palabra, no es una cosa en sí mismo, sino el dar un fin ulterior a la multitud de palabras y acciones que conforman la totalidad de cada día común.

No hay tiempo para hacer más que una breve acotación sobre cada uno de estos ingredientes.

Amor es Paciencia. Esta es la actitud normal del Amor; Amor paciente, Amor esperando comenzar; sin prisa alguna; tranquilo; listo para hacer su obra cuando vengan las llamadas, pero entre tanto portando los ornamentos de un espíritu humilde y tranquilo. El Amor todo lo sufre; todo

lo cree; todo lo espera; todo lo soporta. Debido a que el Amor comprende, el Amor espera.

Amor es Gentileza. El Amor activo. ¿Se han dado cuenta qué cantidad de la vida del Cristo fue empleada en hacer cosas gentiles – en *simplemente* hacer cosas gentiles? Recorran su vida con esto a la vista, y hallarán que pasó una gran parte de su tiempo simplemente en hacer feliz a la gente, en devolver bien a la gente. En el mundo sólo hay algo mayor a la felicidad, y eso es la santidad; y no depende de nosotros; sino que lo que Dios ha puesto bajo nuestro cuidado es la felicidad de los nuestros, y esto es algo que se logra principalmente al ser gentiles con ellos; nada más.

‘*Lo mayor*’, dice alguien, ‘*que un hombre puede hacer por su Padre que está en los cielos, es ser gentil con alguno de Sus otros hijos.*’ Me pregunto por qué no somos más gentiles de lo que somos. Cuánto lo necesita el mundo. Cuán fácilmente es hacerlo. Cuán instantáneamente actúa. Cuán infaliblemente es recordado. Cuán superabundantemente se devuelve a sí mismo – porque no hay deudor alguno en el mundo más honorable, más supremamente honorable, que el Amor. ‘El Amor jamás falla.’ El Amor es éxito, el Amor es felicidad, el Amor es vida. “Yo digo que el Amor es la energía de la vida.” (Browning)

“*Porque la vida, con todo cuanto lleva
de gozo y pena, de esperanza y de temor,
no es mas que nuestra oportunidad
de tener: la recompensa de aprender a amar –
como debiera ser el amor,
como de hecho ha sido,
y como es.*”

Donde está el Amor, está Dios. Aquel que habita en el Amor, mora en Dios. Dios es Amor. Por tanto, amemos. Sin distinción alguna, sin consideración alguna, sin demora alguna, ¡amemos! Derróchenlo sobre los pobres, lo cual es muy sencillo; especialmente sobre los ricos, quienes lo necesitan más; sobre todo sobre sus iguales, lo cual es muy difícil, y para quienes, quizá, lo dejamos al final. Hay una diferencia entre *tratar de complacer* y *complacer*. ¡Complazcan! No pierdan oportunidad alguna para complacer. Porque ese es el triunfo anónimo e incesante de un espíritu que verdaderamente ama. ‘Sólo una vez pasaré por este mundo. Por lo tanto, todo lo bueno que pueda hacer o cualquier gentileza que pueda enseñar a cualquier ser humano, permítanme hacerla ahora. No me permitan posponerla o negarla, porque jamás volveré a recorrer esta senda.’

Amor es Generosidad. El Amor no tiene envidia. Este sería el amor compitiendo con otros. Cada vez que logremos un buen trabajo, hallaremos a otros hombres haciendo el mismo trabajo, y quizá haciéndolo mejor. La

envidia es un sentimiento de mala voluntad hacia aquellos que están en nuestra misma línea, un espíritu de ambición y difamación. Qué mezquina labor la de siquiera protegerse contra un sentimiento anti-Cristiano. Los más despreciables de todos los indignos humores que nublan un alma Cristiana nos espera con toda seguridad en el umbral de toda obra, a menos que seamos fortalecidos con esta gracia de magnanimidad. Verdaderamente el Cristiano sólo puede envidiar una cosa, y es, el alma generosa, grande y rica que ‘no envidia.’

Y luego de haber aprendido todo eso, tenemos que aprender lo siguiente: *Humildad* – a poner un sello sobre nuestros labios y a olvidar cuanto hemos hecho. Después que hayamos sido gentiles, después que el Amor se haya vertido sobre el mundo y haya hecho su hermosa obra, regresemos de nuevo a la sombra y no digamos nada al respecto. El Amor se esconde aún de sí mismo. El Amor renuncia aún a la auto-satisfacción. El Amor no es jactancioso, no se envanece.

El quinto ingrediente es eso raro de hallar en este *summum bonum*: *Cortesía*. Esto es, Amor en sociedad. Amor en relación con la etiqueta. El Amor no hace nada indebido. La urbanidad ha sido definida como amor en la frivolidad. De la cortesía se dice que es Amor en las cosas pequeñas. El único secreto de la cortesía es amar. El Amor no puede hacer algo indebido. Podríamos poner a la persona más inculta dentro de la sociedad más alta, y si tiene una reserva de Amor en su corazón, no se comportará indebidamente. Sencillamente no podría. Carlyle dijo de Robert Burns que no había hombre más cortés en Europa que el poeta campesino. Y se debía a que amaba todo – al ratón, a las flores, todas las cosas, grandes y pequeñas, que Dios había creado. Así, con este sencillo pasaporte él podía rozarse en cualquier sociedad, y entrar a cortes y palacios desde su pequeña cabaña en las márgenes del Ayr. Ustedes conocen el significado de la palabra ‘caballero.’ Quiere decir, un hombre gentil – un hombre que hace todo con cortesía, con Amor. Y ese es todo el arte y el misterio de la cortesía. El hombre cortés, el caballero, no puede, de acuerdo a la naturaleza de las cosas, llevar a cabo algo no-cortés, alguna cosa no-cortés de caballeros. El alma no-cortés, la naturaleza inconsiderada, hostil, no puede hacer mas que eso, mas ‘el Amor no hace nada indebido.’

Altruismo. El Amor no busca lo suyo. Observen: No busca siquiera aquello que es suyo. En Inglaterra el caballero está dedicado, y justamente, a sus derechos. Pero llega el tiempo cuando un hombre debería ejercitar aún el derecho más alto: el de renunciar a sus derechos. Así Pablo no nos invita a renunciar a nuestros derechos. El Amor golpea más profundo. Nos obliga a no buscar, a ignorar, a eliminar completamente los elementos personales de

nuestros cálculos. No resulta difícil renunciar a nuestros derechos. Frecuentemente son exteriores. Lo que sí es difícil es renunciar a nosotros mismos. Todavía lo más difícil es no buscar cosas para nosotros mismos. Después que las hemos buscado, adquirido, ganado, merecido, hemos tomado de su crema para nosotros mismos. Poca cosa, entonces, renunciar a ellas. Pero el no buscarlas, contemplar a cada hombre no en sus propias cosas, sino en las cosas de otros – verdaderamente es otra cosa. Dice el profeta: ‘¿Y tú buscas para ti grandezas? No las busques.’ ^(Jer.45:5) ¿Por qué? Porque no hay grandeza en las *cosas*. Las cosas no pueden ser grandes. Lo único grande es el Amor altruista. Aún la renuncia personal en sí misma es nada, es casi una falta. Sólo un gran propósito o un amor más poderoso pueden justificar el erial. Repito que es más difícil no buscar lo nuestro de por sí, que habiéndolo buscado, renunciar a ello. Debo regresar a esto. Sólo es verdadero de un corazón parcialmente egoísta. Nada es penoso para el Amor, y nada es difícil. Creo que el yugo del Cristo es fácil. El yugo del Cristo es su propia manera de considerar la vida. Y creo que es una manera más sencilla que otras. Creo que es una forma más feliz que otras. La lección más obvia en las enseñanzas del Cristo es el que no hay felicidad en tener, y en conseguir todo, sino sólo en dar. Repito: *no hay felicidad en tener o en conseguir, sino sólo en dar*. Y la mitad del mundo está en el sentido equivocado, en la consecución de la felicidad. Piensan que consiste en tener y conseguir, y en ser servido por otros. Consiste en dar y servir a otros. Aquel que desea ser feliz, recordémosle que sólo hay un camino – es más bendecido, es más feliz el dar que el recibir.

El ingrediente siguiente es uno memorable: *Buen carácter*. El Amor no se irrita. Nada podría ser más impresionante que el encontrar esto aquí. Somos propensos a mirar el mal talante como una debilidad muy dañina. Nos referimos a ello tan sólo como una enfermedad de naturaleza, un rasgo de familia, un objeto del temperamento, y no algo que debiera ser seriamente considerado al estimar el carácter de un hombre. Y así aquí, justo en el corazón de este análisis del amor, halla un lugar; y la Biblia vuelve una y otra vez a condenarlo como uno de los más destructivos elementos en la naturaleza humana.

La peculiaridad de la enfermedad de carácter es que es, el vicio del virtuoso. Frecuentemente es la única mancha en un carácter noble. Conocemos hombres del todo perfectos, y mujeres que serían del todo perfectas, si no fuera por una ‘predisposición’ a la irritación, una irascible o quisquillosa disposición. Esta compatibilidad de temperamento enfermizo con su elevado carácter moral, es uno de los problemas de ética más tristes y extraños. La verdad es que hay dos tipos de pecado – pecados del *Cuerpo* y

pecados de *Carácter*. El Hijo Pródigo puede tipificar el primer tipo; el Hermano Mayor el segundo. Actualmente la sociedad no tiene la menor duda en cuanto a cuál es peor. Todo su peso cae, sin desafío alguno, sobre el Pródigo. Pero, ¿es correcto? No contamos con balanzas para pesar los pecados de otros, y toscos o finos no son más que palabras humanas; más las faltas en su más alta naturaleza podrían ser menos veniales que aquellas de la más baja naturaleza, y para el ojo de Aquél que es Amor, un pecado contra el Amor puede parecer cien veces más ruin. Ninguna forma de vicio, ni mundanalidad, ni codicia de oro, ni la misma borrachera hacen más contra la sociedad Cristiana, que el temperamento perverso.

Para amargar la vida, para deshacer comunidades, para destruir las más sagradas relaciones, para devastar hogares, para marchitar a hombres y mujeres, basta esta sola influencia. Miremos al Hermano Mayor, moral, trabajador, paciente, obediente, – démosle todo el crédito por sus virtudes – miremos a este hombre, a este niño, malhumoradamente resentido fuera de la propia puerta de la casa paterna. Leemos: ‘Entonces se enojó, y no quería entrar.’ (Luc.15:28) Veamos el efecto de esto en el padre, en los siervos, en el gozo de los invitados. Juzguemos el efecto sobre el Pródigo – y, ¿cuántos pródigos son mantenidos fuera del Reino de Dios por el carácter poco amable de aquellos que profesan estar dentro? Analicemos, como si fuera un estudio sobre el Temperamento, la propia tormenta cuando cayó sobre el semblante del Hermano del Mayor. ¿De qué está hecha? De envidia, enojo, orgullo, rigidez, justificación propia, irritabilidad, obstinación, malhumor – estos son los ingredientes del alma sombría y desamorada. En proporción variante, también estos son los ingredientes del temperamento maligno. Juzguemos si no es peor vivir en, y con, dichos pecados de carácter, que vivir con los pecados del cuerpo. ¿Acaso el Cristo no respondió por sí la pregunta cuando dijo: ‘Los publicanos y las ramera van delante de vosotros al reino de Dios.’ (Mat.21:31) En verdad no hay lugar alguno en los cielos para un carácter como éste. Un hombre con tal talante sólo haría el Reino de los Cielos miserable para toda la gente que estuviera ahí. Excepto y a menos, que dicho hombre naciera de nuevo, no podría, simplemente *no podría*, entrar al Reino de los Cielos. Porque es totalmente cierto – y no me van a mal interpretar – que para entrar al Cielo un hombre debe llevar consigo su carácter.

Así verán por qué es que el Carácter es importante. La importancia no radica en lo que es en sí mismo, sino en lo que revela. Debido a ello es que me tomé la libertad de hablar ahora de esta forma completamente clara. Es una prueba del Amor, un síntoma, una revelación de una naturaleza carente de Amor en el fondo. Es la fiebre intermitente que revela la enfermedad intermitente interior; el burbujeo ocasional que escapa hacia la superficie que

delata alguna podredumbre bajo la superficie; un ejemplo de los productos más horribles del alma que cayó involuntariamente cuando uno baja la guardia; en una palabra, la forma brillante de un ciento de pecados repugnantes y anti-Cristianos. Porque la falta de paciencia, la falta de gentileza, la falta de generosidad, la falta de cortesía, la falta de altruismo, todas son instantáneamente simbolizadas en un solo destello de Carácter.

De ahí que no basta tratar con el Carácter. Debemos ir a su origen, y cambiar la naturaleza interna, y los humores coléricos morirán por sí mismos. Las almas se hacen más dulces no por desechar los fluidos ácidos sino por añadir – un Amor mayor, un Espíritu nuevo, el Espíritu del Cristo. Cristo, el Espíritu del Cristo, ínter-penetrando, suaviza, purifica y transforma todo. Sólo esto puede erradicar lo que está incorrecto, hacer un cambio químico, renovar y regenerar, y rehabilitar al hombre interior. La voluntad personal no cambia al hombre. El tiempo no cambia al hombre. Sólo el Cristo cambia al hombre. Por lo tanto, ‘Haya, pues, en vosotros esta [Mente] que hubo también en Cristo Jesús.’ ^(Fil.2:5) Algunos de nosotros no tenemos mucho tiempo que perder. Recordemos una vez más que este es un asunto de vida o muerte. No puedo hacer mucho al urgirlo, ni por mí ni por ustedes. ‘Cualquiera que haga tropezar a alguno de estos pequeños que creen en mí, mejor le fuera que se le colgase una piedra de molino de asno, y que se le hundiese en lo profundo del mar.’ ^(Mat.18:6) Es decir, el veredicto deliberado de Jesús es, que es preferible no vivir, que no amar. *Es preferible no vivir, que no amar.*

Inocencia y Sinceridad pueden ser despedidas casi con una sola palabra. La Inocencia es la gracia para la gente suspicaz. Y el poseerla es el gran secreto de la influencia personal. Hallaremos, si pensamos un momento, que la gente que nos influencia es la que cree en nosotros. En una atmósfera de suspicacia, los hombres se marchitan; pero en la de la inocencia, se desarrollan y hallan ánimo y camaradería educativa. Es maravilloso que aquí y allá en este mundo árido y poco caritativo aún haya algunas cuantas almas que no piensan mal. Esta es la gran ingenuidad. El Amor ‘no guarda rencor’, no levanta falso testimonio, ve el lado brillante, pone lo mejor de sí mismo en cada acción. ¡Qué delicioso estado mental para vivirlo! ¡Qué estimulante y bendición encontrarse con este estado mental al menos por un día! ¡Que nos tengan confianza es estar a salvo! Y si tratamos de influenciar o elevar a otros, debemos pronto ver que el éxito está en proporción a su confianza o a nuestra confianza en ellos. Porque el respeto a otro es la primera restauración del respeto propio que un hombre haya perdido; nuestro ideal de lo que el otro es, viene a ser para él, la esperanza y el modelo de lo que ha de ser.

‘El Amor no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad.’ He llamado a esto *Sinceridad* a causa de las palabras consideradas en la Biblia Versión Autorizada: ‘mas se goza de la verdad.’ Y verdaderamente, si fuese esta la verdadera traducción, no podría ser más justa. Porque el que ama, amará la Verdad no menos que a los hombres. Se regocijará en la Verdad – no se regocijará en aquello que ha sido enseñado a creer; no en la doctrina de esta o de aquella iglesia; no en este ‘ismo’ o en aquel otro; sino ‘en la Verdad.’ Sólo aceptará lo que es real; se esforzará por obtener lo real; buscará la Verdad con una mente humilde e imparcial, y apreciará cuanto halle a cualquier precio. Y la traducción más literal de la Versión Revisada requiere aquí de dicho sacrificio en la búsqueda de la verdad. Porque lo que Pablo quiere verdaderamente decir, como ahí leemos, es: ‘No se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad,’ una cualidad que quizá ninguna palabra inglesa – y en verdad que no es *Sinceridad* – expresa adecuadamente. Quizá incluye más estrictamente, el refrenamiento de sí mismo que rehúsa a beneficiarse de las faltas ajenas; la caridad que no se deleita en exhibir las debilidades de otros, sino que ‘cubre y cobija todas las cosas,’ la sinceridad de propósito que se esfuerza por ver todo como es, y se goza en hallarlo mejor que lo que la temible suspicacia o la calumnia denunciaran.

Hasta aquí el análisis del Amor. Ahora, el objetivo de nuestras vidas es tener todas estas cosas encajadas en nuestro carácter. Esta es la obra suprema a la que tenemos que dedicarnos a nosotros mismos en este mundo: aprender a Amar. ¿No está llena la vida de oportunidades para aprender a Amar? Cada día, todo hombre y mujer tiene miles de dichas oportunidades. El mundo no es un campo deportivo; es un salón de clases. La Vida no es una fiesta, sino una educación. Y la eterna lección para todos nosotros es: *cómo amar mejor*. ¿Qué es lo que hace a un hombre un buen deportista? La práctica. ¿Qué es lo que hace a un hombre un buen artista, un buen escultor, un buen músico? La práctica. ¿Qué es lo que hace a un hombre un buen lingüista, un buen mecanógrafo? La práctica. ¿Qué es lo que hace a un hombre, un buen hombre? La práctica. Nada más.

No hay nada caprichoso en la religión. No podemos conducir el alma por caminos diferentes, bajo leyes diferentes, de aquellos por los cuales conducimos al cuerpo y a la mente. Si un hombre no ejercita su brazo no desarrolla el músculo bíceps; y si un hombre no ejercita su alma, no obtiene músculo alguno en su alma, ninguna fuerza en el carácter, ningún vigor de fibra moral, ninguna belleza de desarrollo espiritual. El Amor no es alguna emoción de entusiasmo. Es un expresión rica, fuerte, resuelta, vigorosa, del carácter completo y total del Cristo – la naturaleza del Cristo en su desarrollo

total. Y los elementos de este gran carácter sólo se edifican con incesante práctica.

¿Qué es lo que hacía el Cristo en la carpintería? Practicaba. Aunque perfecto, leemos que ‘crecía en [obediencia], en sabiduría y en gracia para con Dios y los hombres.’ (Luc.12:52) No nos quejemos de nuestra suerte en la vida. No nos quejemos de sus incesantes cuidados, de su ambiente trivial, de las vejaciones que tenemos que soportar, de las almas pequeñas y sórdidas con las que tenemos que convivir y trabajar. Sobre todo, no nos sentimos agraviados por las tentaciones; no quedemos perplejos porque parecieran complicarse alrededor de nosotros más y más, y no cesan ni ante el esfuerzo, la agonía, ni la oración. Esa es la práctica que Dios nos ha otorgado; y es para hacernos pacientes, humildes, generosos, altruistas, gentiles y corteses. No nos quejemos de la mano que está moldeando nuestra aún muy informe imagen interior. Está creciendo más hermosa aunque no la veamos, y cada toque de tentación aumenta su perfección. Por lo tanto, conservémonos en medio de la vida. No nos aislemos. Permanezcamos entre los hombres, y entre las cosas, entre los problemas, las dificultades y los obstáculos. Recuerden las palabras de Goethe: “*Es bildet ein Talent sich in der Stille, doch ein Karakter in den Storm der Welt.*” ‘El talento se desarrolla a sí mismo en soledad, el carácter en la corriente de la vida.’ El talento se desarrolla a sí mismo en la soledad – el talento de la oración, de la fe, de la meditación, de ver lo invisible; el Carácter crece en la corriente de la vida en el mundo. Ahí, principalmente, es donde los hombres han de aprender a amar.

¿Cómo? Ahora, ¿cómo? Para hacerlo más sencillo, he nombrado unos cuantos de los elementos del amor. Pero no son más que elementos. El Amor en sí mismo no puede ser definido. La luz siempre es algo más que la suma de sus ingredientes – un éter resplandeciente, deslumbrante y trémulo. Y el Amor siempre es algo más que todos sus elementos – un algo palpitante, estremecedor, sensitivo y vital. Con la síntesis de todos los colores, los hombres pueden hacer lo blanco, pero no pueden hacer la luz. Con la síntesis de todas sus virtudes, los hombres pueden convertirse en virtud, más no pueden construir el Amor. ¿Cómo es, entonces, que vamos a transmitir esta trascendente vida hacia nuestras almas? Fortalecemos nuestras voluntades para asegurarla. Tratamos de copiarles a quienes lo han logrado. Dictamos normas al respecto. Velamos; oramos. Pero esto solo, no traerá al Amor dentro de nuestra naturaleza. El Amor es un *efecto*. Y solamente en la medida en que cumplamos con la condición correcta es que podremos tener el efecto producido. ¿Quieren que les diga cuál es la *causa*?

Si regresamos a la primera epístola de Juan en la Biblia, Versión Revisada, hallaremos estas palabras: ‘Amamos, porque Él nos amó primero.’ ⁽¹⁾

Juan4:19) ‘Amamos’, dice ahí, y no: ‘*Le* amamos.’ Esta es la forma en que la antigua Versión lo tiene, y es bastante incorrecta. ‘*Amamos* – porque Él nos amó primero.’ Vean la palabra: ‘*porque*’. Esta es la *causa* a la que me he referido. ‘*Porque* Él nos amó primero,’ el efecto sigue: amamos, Lo amamos, amamos a todos los hombres. No podemos evitarlo. Debido a que Él nos amó, amamos, amamos a todo mundo. Nuestro corazón es transformado suavemente. Contemplemos el amor del Cristo, y amaremos. Parémonos frente al espejo, reflejemos el carácter del Cristo, y seremos transformados en la misma imagen, de ternura en ternura. No hay otra forma. No podemos amar para ordenar. Sólo podemos mirar al objetopreciado, y enamorarnos de él, y crecer a su semejanza. Y así miremos hacia ese Carácter Perfecto, hacia esta Vida Perfecta. Miremos hacia el gran Sacrificio cuando renunció a sí mismo, todo por medio de la Vida, y por sobre la Cruz y el Calvario; y no podremos dejar de amarlo. Y amándolo, nos haremos semejantes a él. El Amor provoca amor. Es un proceso inductivo. Pongamos un trozo de hierro sobre un cuerpo magnetizado, y después de un tiempo se habrá magnetizado también. Se carga con una fuerza de atracción a la simple presencia de la fuerza original, y en tanto que dejemos uno al lado del otro, ambos magnetos se vuelven semejantes. Permanezcamos lado a lado con Aquél que nos amó a nosotros, y se dio a sí mismo por nosotros, y también nos volveremos un centro de poder, una fuerza permanentemente atractiva; y como él, atraeremos a todos los hombres hacia nosotros; y como él, seremos atraídos hacia todos los hombres.

Ese es el efecto inevitable del Amor. Cualquier hombre que cumpla con esa causa debe tener ese efecto producido en él. Tratemos de deshacernos de la idea de que la religión llega a nosotros por azar, por misterio o por capricho. Llega a nosotros por ley natural, o por ley supernatural, porque toda ley es Divina.

Edward Irving fue a ver a un niño moribundo, y cuando entró a la habitación tan sólo puso su mano sobre la cabeza sufriente y dijo: “Mi niño, Dios te ama” y se fue. Y el niño saltó de su cama y gritaba a la gente de la casa: “¡Dios me ama! ¡Dios me ama!” Eso cambió al pequeño. El sentir que Dios lo amaba lo fortaleció, lo fundió y comenzó a crear un nuevo corazón en él. Y así es cómo el amor de Dios funde el corazón de piedra en el hombre, y engendra en él una nueva criatura, la cual es paciente, humilde, gentil y generosa. No hay otra forma de obtenerla. No hay misterio alguno en ello. Amamos a otros, amamos a todos, amamos a nuestros enemigos, porque Él nos amó primero.

3- La Protección

Tengo ahora una o dos frases que añadir a las razones de Pablo para señalar al Amor como la suprema posesión. Es una razón muy importante. En una sola palabra, es debido a que: *permanece*. Pablo nos incita: ‘El Amor nunca deja de ser.’ Luego empieza de nuevo una de sus maravillosas listas sobre lo mayor del día, y las expone una por una. Pablo recorre las cosas que los hombres pensaban que durarían, y nos muestra que son efímeras, temporarias, que mueren.

‘Las profecías se acabarán.’ En aquellos tiempos las madres ambicionaban que sus hijos fueran profetas. Durante cientos de años Dios no había hablado por medio de algún profeta, y en ese tiempo los profetas eran mayores que los reyes. Los hombres esperaban anhelosamente la llegada de otro mensajero, para escuchar ávidamente cuando proclamara ser la misma voz de Dios. Pablo dice: ‘Las profecías se acabarán.’ Ese libro está lleno de profecías. Una a una han perecido; es decir, habiendo sido cumplidas, su objetivo se termina; no tienen más que hacer en el mundo excepto alimentar la fe del hombre devoto.

Luego Pablo habla sobre las lenguas. Esa era otra cosa muy codiciada. ‘Cesarán las lenguas.’ Como todos sabemos, han pasado varios siglos desde que las lenguas han sido conocidas en este mundo. Y han cesado. Tómenlo en el sentido que gusten. Sólo como ejemplo, como lenguajes en general – un sentido que no estaba del todo en el pensamiento de Pablo, y aunque no puede dar la lección específica, sí apunta a la verdad general. Consideren las palabras en las que se escribió ese capítulo – griego. Ya no se usa. Tomemos el latín – la otra gran lengua de aquellos tiempos. Se dejó de usar hace tiempo. Miren el idioma hindú. Está dejándose de utilizar. La lengua de Wales, en Irlanda, de las altas tierras escocesas está muriendo ante nuestros ojos. El libro más popular en lengua inglesa en estos días fuera de la Biblia, es una de las obras de Dickens: *Pickwick Papers*. Está escrito ampliamente en el lenguaje callejero de Londres; y los expertos nos aseguran que en cincuenta años más será del todo ininteligible para el promedio de lectores ingleses.

Luego Pablo prosigue y con una mayor osadía añade: ‘Y la ciencia se acabará.’ La sabiduría de los ancianos, ¿dónde quedó? Se ha ido completamente. Un niño de escuela sabe hoy en día más de lo que Sir Isaac Newton sabía. Su conocimiento se acabó. Ponemos los escritos antiguos en la hoguera. Su sabiduría se acabó. Compramos antiguas ediciones enciclopédicas por unos cuantos centavos. Su conocimiento se acabó. Miren cómo el carbón ha sido suplantado por el vapor. Miren cómo la

electricidad lo ha suplantado, y ha arrasado con cientos de nuevos inventos. Una de las autoridades vivientes, Sir William Thomson, dijo el otro día: ‘Las máquinas de vapor están desapareciendo.’ ‘Y la ciencia se acabará.’ En todo patio de las fábricas puede verse un montón de hierros viejos, unas cuantas ruedas, unas cuantas barras, unas cuantas manivelas, rotas y oxidadas. Hace veinte años todo eso era el orgullo de la ciudad. Los hombres llegaban del campo en multitudes para admirar los grandes inventos; hoy han desaparecido, su fin llegó. Y toda la ciencia y la filosofía de que nos jactamos, pronto se volverá obsoleta. Tan sólo ayer, en la Universidad de Edimburgo, la mayor figura era Sir James Simpson, el descubridor del cloroformo. Pero el otro día, a su sobrino y sucesor, el profesor Simpson, le pidió el bibliotecario de la Universidad que fuera a la Biblioteca a elegir los libros sobre su materia que ya no necesitara. Y la respuesta fue: ‘Tome todos los libros de texto de más de diez años de antigüedad y llévelos al sótano.’ Sir James Simpson era toda una autoridad hace unos cuantos años; los hombres venían de todo el mundo a consultarlo; y casi toda la enseñanza de ese tiempo está destinada por la ciencia actual, al olvido. Y en todas las ramas de la ciencia ocurre lo mismo. ‘Ahora vemos por espejo, oscuramente.’

¿Podrían mencionarme algo que vaya a durar? Muchas cosas Pablo ni se dignó nombrarlas. No mencionó el dinero, la fortuna, la fama; mas eligió las cosas grandes de su tiempo, las cosas que los mejores hombres pensaron que valían la pena y las barrió perentoriamente de lado. Pablo no tenía nada personal contra éstas por sí mismas. Tan sólo dijo que no durarían. Eran cosas grandes, mas no supremas. Había algo tras ellas. Aquello que somos rebasa bastante lo que hacemos, más allá de lo que tenemos. Mucho de lo que los hombres dicen que es pecado, no lo es; es temporario. Y esto es un argumento fortuito del Nuevo Testamento. Juan dice del mundo, no que esté mal, sino simplemente que ‘pasará’. En el mundo hay mucho que es delicioso y bello; hay mucho en ello que es enorme y fascinante; pero no durará. ‘Todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida,’ son temporales. ^(1 Juan2:16) Por tanto, no amemos al mundo. Nada de cuanto contiene, vale lo que vale la vida y la consagración de un alma inmortal. El alma inmortal tiene que darse a sí misma a algo que sea inmortal. Y las únicas cosas inmortales son estas: ‘Ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor; pero el mayor de ellos es el amor.’

Algunos consideran que también llegará el momento cuando dos de estas cosas también pasarán – la fe en la vista, la esperanza en el goce. Pablo no lo dice así. Poco sabemos sobre las condiciones de la vida futura. Pero lo que es seguro, es que el Amor permanecerá. Dios, el eterno Dios, es Amor. Por lo tanto, anhelemos ese don eterno, eso que con certeza permanecerá, esa

moneda que estará en circulación en el universo cuando todas las otras monedas del mundo estén fuera de circulación y no sean más estimadas. Nos afanamos por muchas cosas, afanémonos por el Amor. Miremos las cosas en su proporción. *Miremos las cosas en su proporción.* Permitamos que al menos el primer gran objeto de nuestras vidas, sea alcanzar el carácter resguardo en estas palabras: el carácter – y es el carácter del Cristo – el cual se edifica alrededor del Amor.

He dicho que el Amor es eterno. ¿Se han fijado cuán a menudo Juan relaciona el Amor y la fe con la vida eterna? Cuando niño yo no caí en cuenta que ‘De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a Su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.’ (Juan.3:16) Recuerdo que se me dijo que Dios amó tanto al mundo, que si yo creía en Él, tendría algo llamado paz, o tendría descanso, o gozo, y estaría a salvo. Pero tuve que hallar por mí mismo que quienquiera que confía en Él – es decir, quienquiera que Lo ame, ya que la confianza es la vía del Amor – tiene *vida* eterna. Los Evangelios le ofrecen vida al hombre. No sólo no ofrecen gozo, no sólo no ofrecen paz, descanso o seguridad; nos dicen cómo es que el Cristo vino a traer a los hombres una vida más abundante de la que jamás tuvieron, una vida abundante en Amor, y por lo tanto abundante en salvación para ellos mismos, y una vía mayor para el alivio y redención del mundo. Sólo entonces pueden los Evangelios tomar el todo del hombre, cuerpo, alma y espíritu, y darle a cada parte de su naturaleza su entrenamiento y recompensa. Muchos de los Evangelios actuales sólo se dirigieron a alguna parte de la naturaleza del hombre. Ofrecen paz, y no vida; fe, y no Amor; justificación, y no regeneración. Y el hombre se escabulle de nuevo de tal religión porque jamás ha podido retenerlo. Su naturaleza no estaba completa en ello. No ofrecen una corriente de vida más profunda y satisfactoria de la que se ha estado viviendo. Con certeza se razona que sólo un Amor más pleno puede competir con el amor del mundo.

Amar con abundancia es vivir con abundancia; y amar por siempre es vivir eternamente. De ahí que la vida eterna esté inextricablemente unida al Amor. Deseamos vivir eternamente por la misma razón que deseamos vivir para mañana. ¿Por qué deseamos vivir para mañana? Debido a que hay alguien que nos ama, y a quien deseamos ver mañana, con quien deseamos estar, y a quien también amar. No hay otra razón por la que deseamos vivir más que para amar y ser amados. Sólo cuando un hombre no tiene a alguien a quien amar es cuando comete suicidio. Mientras tenga amigos, aquellos a quienes ame y por quienes es amado, vivirá; porque vivir es amar. Ya sea que se trate del amor de un perro, nos mantendrá con vida; pero si lo perdemos, no tendremos contacto con la vida ni razón para vivir. La ‘energía

de la vida' falló. La vida eterna también es conocer a Dios, y Dios es Amor. Es la propia definición del Cristo. Considerémosla. 'Y esta es la vida eterna: que te conozcan a Ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado.' (Juan17:3) El Amor debe ser eterno. Es cuanto Dios es. Entonces, en último análisis, el Amor es la Vida. El Amor jamás falla; y la Vida jamás falla en tanto haya Amor. Esta es la filosofía que Pablo nos muestra; la razón por la que en la naturaleza de las cosas, el Amor debe ser lo supremo – porque va a perdurar; porque la naturaleza de las cosas es una Vida Eterna. Esa Vida es algo que estamos viviendo ahora, no la que vamos a tener luego de morir; de la que tendremos una pequeña oportunidad de tener a menos que la estemos viviendo. No hay destino peor que le pueda ocurrir al hombre en este mundo, que vivir y hacerse viejo solo, sin amar y sin ser amado. Estar perdido es vivir en una condición irremediable, falta de amor y sin ser amado; ser salvo es ser amado; y aquel que habita en el Amor, de hecho mora en Dios, porque Dios es Amor.

Bien, ya casi termino. ¿Cuántos de ustedes se me unirán para leer este capítulo una vez por semana durante los próximos tres meses? En una ocasión lo hizo así un hombre y su vida cambió por completo. ¿Lo harán? Es por la causa de *lo mayor en el mundo*. Podrían comenzar por leerlo cada día, especialmente los versículos que describen el carácter perfecto. 'El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece; no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.' Añadan dichos ingredientes a su vida. Entonces, todo cuanto hagan, será eterno. Será digno de hacerse. Vale la pena tomarse el tiempo para hacerlo. Ningún hombre puede hacerse santo en sueños; y para cumplir la condición requerida, se necesita una cierta cantidad de oración, meditación y de tiempo, así como una mejoría en cualquier dirección, corporal y mental; requiere de preparación y cuidado.

Adhiéranse ustedes mismos a esto único; a cualquier precio tengan este carácter trascendente a cambio del suyo. Hallarán, cuando vean hacia atrás en su vida, que los momentos en que esto resalte, habrán sido los momentos en que verdaderamente habrán vivido, habrán sido los momentos en que hicieron cosas con un espíritu de Amor. Cuando la memoria escudriñe el pasado, sobre y más allá de los placeres transitorios de la vida, brincarán ahí esas horas supremas cuando habremos sido capaces de tener atenciones inadvertidas hacia aquellos a nuestro alrededor, pero con las cuales sentimos que hemos entrado a la vida eterna. Yo he visto casi todas las cosas hermosas que Dios ha creado; he disfrutado de casi todas las cosas que Él ha planeado para el hombre; y así, cuando miro atrás, resalta sobre toda aquella

vida pasada, cuatro o cinco pequeñas experiencias cuando el Amor de Dios se reflejó a sí mismo en una pequeña y sencilla imitación, en un pequeño acto de amor mío, y eso parecen ser las únicas cosas que moraron en la vida. Todo lo demás en nuestras vidas es transitorio. Todo otro bien es visionario. Pero los actos de amor que los demás no conocen, o que jamás conocerán – esos jamás perecen.

En el Evangelio de Mateo, en el que se describe el Día del Juicio con el Uno sentado sobre el trono separando las ovejas de los cabritos, entonces la prueba para el hombre no será: ‘¿Cuánto creíste?’ sino: ‘¿Cuánto amaste?’ La prueba de la religión, la prueba final de la religión no es la religiosidad, sino el Amor. Digo que la prueba final de la religión en el gran Día no es la religiosidad, sino el Amor; no lo que he hecho, no en lo que he creído, no lo que he logrado, sino cómo he cumplido con las caridades comunes de la vida. Los pecados de acción en ese horrendo juicio ni siquiera se van a considerar. Por lo que no hicimos, *por los pecados de omisión* seremos juzgados. No puede ser de otra manera. Porque la retención del Amor es la negación del espíritu del Cristo, la prueba de que jamás le conocimos, de que vivió en vano por nosotros. Significa que no ha sugerido nada en nuestros pensamientos, que no ha inspirado nada en nuestras vidas, que jamás estuvimos lo suficientemente cerca al Cristo para ser medidos con el delecto de su compasión por el mundo. Significa que:

*“Viví para mí mismo, pensé por mí mismo,
para mí mismo, y para nadie más –
Tal y como si Jesús jamás hubiera vivido,
tal y como si jamás hubiera muerto.”*

Es el Hijo del *Hombre* ante quien todas las naciones del mundo habrán de reunirse. Es en presencia de la *Humanidad* que seremos acusados. Y el espectáculo en sí mismo, la simple vista de ello, nos juzgará silenciosamente a cada uno. Ahí estarán aquellos a quienes conocimos y ayudamos; y por allá, la multitud que no recibió misericordia, que negamos o menospreciamos. No necesitamos de otro Testigo. No habrá más cargo que la falta de amor. No nos engañemos. Las palabras que escucharemos todos un Día, no suenan a teología, sino a Vida; no suenan a iglesia o a santos, sino a hambrientos y a pobres; no suenan a credos ni a doctrinas, sino a protección y a abrigo; no suenan a Biblia y a libros de oraciones, sino a copas de agua fresca en el nombre de Cristo. Gracias a Dios el Cristianismo de hoy en día se está acercando a la necesidad del mundo. Vivamos para participar y colaborar con ello. Gracias a Dios los hombres saben mejor, por un tris, lo que es la religión, lo que Dios es, lo que el Cristo es, donde el Cristo está. ¿Quién es

el Cristo? Aquel que da pan al hambriento, que viste al desnudo y visita al enfermo. ¿Y dónde está el Cristo? ¿Dónde? – con ‘quien recibe a un pequeño en mi nombre, me recibe a mí.’

Todo aquel quien ama, es nacido de Dios.

I Cor. 13:1-13

La Biblia de Estudio – Dios Habla Hoy

¹Si hablo las lenguas de los hombres y aun de los ángeles, pero no tengo amor, no soy más que un metal que resuena o un platillo que hace ruido. ²Y si tengo el don de profecía, y entiendo todos los designios secretos de Dios, y sé todas las cosas, y si tengo la fe necesaria para mover montañas, pero no tengo amor, no soy nada. ³Y si reparto entre los pobres todo lo que poseo, y aun si entrego mi propio cuerpo para tener de qué enorgullecerme, pero no tengo amor, de nada me sirve.

⁴Tener amor es saber soportar; es ser bondadoso; es no tener envidia, ni ser presumido, ni orgulloso, ⁵ni grosero, ni egoísta; es no enojarse ni guardar rencor; ⁶es no alegrarse de las injusticias, sino de la verdad. ⁷Tener amor es sufrirlo todo, creerlo todo, esperarlo todo, soportarlo todo.

⁸El amor jamás dejará de existir. Un día el don de profecía terminará, y ya no se hablará en lenguas, ni serán necesarios los conocimientos. ⁹Porque los conocimientos y la profecía son cosas imperfectas, ¹⁰que llegarán a su fin cuando venga lo que es perfecto.

¹¹Cuando yo era niño, hablaba, pensaba y razonaba como un niño; pero al hacerme hombre, dejé atrás lo que era propio de un niño. ¹²Ahora vemos de manera indirecta, como en un espejo, y borrosamente; pero un día veremos cara a cara. Mi conocimiento es ahora imperfecto, pero un día conoceré a Dios como él me ha conocido siempre a mí.

¹³Tres cosas hay que son permanentes: la fe, la esperanza y el amor; pero la más importante de las tres es el amor.

<http://www.mbeinstitute.org/espanol/>